

Mariano Latorre

La Facultad de Filosofía y la literatura chilena



OS épocas, dos universidades. 17 de abril y año 1839. Fecha de un decreto de la República y nacimiento de una Universidad.

Es interesante recordar el párrafo inicial de este decreto. Palabras simples, de redacción oficial, pero en las que se adivina una intención y se señala un nuevo camino de cultura.

«Queda extinguido desde hoy el establecimiento literario, conocido con el nombre de Universidad de San Felipe. Se establece en su lugar una casa de estudios generales que se denominará Universidad de Chile».

En su simplicidad hay una emoción innegable y hasta un símbolo espontáneo. Algo como abrir las pesadas ventanas de un edificio colonial y bañar de luz las sombrías estancias y los abandonados patios interiores. Establecimiento literario y casa de estudios generales. La psicología de los

hombres que moldearon la República está en estas frases. El adjetivo literario tiene un leve picor despectivo y el complemento de estudios abre una perspectiva de trabajo, de creación constante. Frente a la retórica tradicional, española, el espíritu científico, americanista.

Sin embargo, la creación de la casa de estudios fué, en sí, algo teórico (no se inauguró sino en 1843) y los profesores del establecimiento literario, nombrados por el rey, que aun permanecían en Santiago, protestaron ante el Gobierno de la República de esa disolución, aduciendo algunas razones apreciables, que muchos de los próceres de la Independencia, entre otras, fueron egresados de ella; pero sólo hablaba en ese instante el espectro de la Universidad de San Felipe, ya que la mayoría de sus catedráticos y funcionarios administrativos, tuvieron la precaución de embarcarse para Lima, poco después de Chacabuco.

Don Andrés Bello, en «El Araucano», escribió numerosos artículos analizando las características de las universidades modernas, las napoleónicas, especialmente, y sobre el influjo que, para un país en formación, podía tener el estudio sistemático de las ciencias y de las artes. Se daba así vida objetiva a un decreto, sólo lleno de bellas palabras y buenas intenciones. Y su campaña fructificó. A él le pide don Manuel Montt el plan de la futura casa de estudios. El Congreso, preocupado de problemas políticos, no entendió la trascendencia del proyecto y demoró años en despa-

charlo. Nace, pues, la Universidad como la imposición de un ejecutivo omnipotente.

Don Andrés Bello y su discurso inaugural.—La Universidad de Chile es, así, la cristalización de las ideas del 42. En septiembre de 1843 se inauguró en el Salón de Honor de la Universidad de San Felipe. (Tosca fachada, toscas ventanas, rayadas de rejas obscuras, toscos portalones de una arquitectura sin trascendencia). La inauguración fué un número de las Fiestas Patrias. Decoró el acto todo el aparato de gobierno de la época. El Jefe del Estado, sus edecanes y ministros, con sus uniformes bordados de oro, el clero, ostentosamente vestido y los civiles con sus aguillotinados corbatines y sus franjas de terciopelo, de salientes hombreras.

Desfile floralesco, al cual don Mariano Egaña, como un sastre de teatro, vistió con casacas rectangulares, pantalones de raso, zapatos con hebillas plateadas, dieciochescos sombreros de dos puntas y espadines decorativos al costado. Y la pintoresca comitiva no contrastó con los muros espesos y los barnizados muebles de caoba del Salón de Honor de la Universidad de San Felipe; al contrario, pareció acogerlos en su placidez colonial, como si nada hubiera sucedido en Chile. Sólo al pronunciarse las primeras palabras del discurso de don Andrés Bello, se alivianó el aire de la estancia y los espíritus invisibles del siglo XVIII se fundieron entre los macizos muebles, los pesados can-

delabros de plata y los grandes cuadros quiteños sujetos a las paredes.

Prosa esculpida a buril la del discurso. Ideas netas, vestidas de buen sentido, de serena equidistancia. La imaginación tiene una venda en los ojos. El látigo del gramático ha arrojado del templo a los alados duendecillos de la fantasía, pero las ideas se yerguen, levantan la frente y expresan limpiamente las nuevas disciplinas.

La Universidad de Chile, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro Gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador.

Sabe don Andrés, para eso es maestro del idioma, que en Chile, más que en ningún país de Hispano-América, se escribe mal y se pronuncia peor. Hace tiempo que los haigan y los ponré, de pobres y ricos, se le han clavado como espinas en su buen gusto de catador de estilos. Y comenta, como una misión fundamental de las futuras enseñanzas de la universidad: el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Aconseja con precaución, el uso de los neologismos típicos de un nuevo idioma en una tierra nueva.

La precaución, la prudencia. Es la fuerza del filólogo, pero la flaqueza del escritor. La corrección y el equilibrio son indispensables disciplinas, pero, a veces, se transforman en los grillos de la emoción poética. Y

Sarmiento, espíritu verdaderamente revolucionario lo pregona a grandes voces.

Acepta don Andrés la libertad (así lo expone en otra parte de su discurso) pero yo no veo libertad, agrega, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación. Y la flecha apunta a Sarmiento.

En la índole ecléctica de las ideas y en la prosa, más cerebral que sensible, recuerda el discurso de don Andrés, a la Oración, pronunciada por Jovellanos en el Instituto de Asturias, sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias. Es, seguramente su modelo.

Y así como Jovellanos afirma que el buen gusto es como el tacto de la razón y a la manera que tocando y palpando los cuerpos nos enteramos de su extensión y figura, de su blandura o dureza, de su aspereza o suavidad, así también tentando o examinando con el criterio del buen gusto nuestros escritos o los ajenos, descubrimos sus bellezas o imperfecciones.

Con menos ingenio, habla don Andrés del aroma de la literatura y llama a ésta el capitel corintio de la sociedad culta. Aconseja a los poetas del futuro con las palabras de Goethe: el arte es regla de la imaginación y su transformación en poesía.

No estriba, en mi opinión, en estos consejos de preceptiva neoclásica, el mérito intrínseco de su dis-

curso. Sobre sus aficiones literarias, prima esta vez el hombre de América, colocado frente a España, desde el punto de vista político. Con preciso contorno se define este carácter de la Universidad.

«El programa de la Universidad es enteramente chileno y si toma prestadas a Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros y el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la Patria».

Ya en la exposición oral de la clase o en artículos de «El Araucano», don Andrés debió teorizar sobre este nacionalismo, estructura espiritual de las nuevas tierras de América, pues su discípulo Lastarria lo desarrolla en su discurso de la sociedad literaria de 1842, aplicándolo a la literatura.

Disciplina de la forma, dominio de los resortes sintácticos de la lengua y en el fondo, el estudio de los problemas de la vida nacional, basada, sobre todo, en el sucederse de los hechos históricos. He aquí su filosofía y la de todos los hombres cultos de su generación. Lógicamente, las disciplinas intelectuales que iban a cultivarse tenían que ser la historia y la crítica.

Don Andrés actuaba como el árbitro, no sólo del grupo literario, sino del país entero. Era un verdadero dictador de cultura y no soportaba rivales en su dominio. Basta citar el caso de Mora y el de Sarmiento, sin ir más lejos.

La Facultad de Filosofía y la crítica literaria. — Durante las Fiestas Patrias, todos los años, según el texto mismo de la ley de 1843, debían leerse memorias o estudios sobre hechos destacados de la historia patria. Es indudable que aquí está el nacimiento de nuestra historia nacional y al mismo tiempo, el afán, útil si se quiere, de amontonar documentos y compulsarlos pacienzudamente. Respeto al documento e inhibición del juicio personal, de acuerdo con las doctrinas de Bello. Un país joven debe aprender, primero, a buscar las fuentes, a clasificarlas, a describirlas. En una palabra, una gramática espiritual del arte histórico.

La mayoría de estas memorias producen la impresión de trabajos meritorios, de buenos estudiantes que buscan la aprobación del maestro. Salvo Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana y algunos otros, ninguno revela una personalidad vigorosa y original.

A un hombre de fantasía y de empuje, como Sarmiento, debió exasperarle este método que hacía del artista más un obrero que un creador, pero don Andrés creía estar en lo cierto e impuso su criterio, por lo menos dentro del aula universitaria. Sin embargo, en su aspecto positivo, los procedimientos sabios y precavidos del ilustre venezolano crearon la prosa directa, equilibrada de nuestros historiadores, hasta la del mismo Sotomayor Valdés y a su influencia no fueron ajenos, dentro de la prosa narrativa, Blest Gana y Barros Grez.

En 1866 leyó don Adolfo Valderrama su «Bosquejo histórico de la poesía chilena». Aunque breve y esquemático es uno de los primeros ensayos de crítica de nuestra literatura. Son interesantes y nuevos sus datos y observaciones sobre poesía popular chilena.

Por esta misma época, los hermanos Amunátegui comienzan a estudiar los poetas hispanoamericanos. Su criterio estético es el de Bello. Vulgarizan a los poetas de América que describen el país en que nacieron, su naturaleza y vida propia. La acotación biográfica ilustra el juicio crítico. Excelente trabajo de crítica y extensión literaria, aunque haya cierta confusión de valores. Eusebio Lillo se codea con José María Heredia y Salvador Sanfuentes está a la altura de Esteban Echevarría

Don Guillermo Blest Gana y su hermano don Joaquín leen trabajos críticos sobre temas de Chile y América. Es de gran interés el de don Joaquín Blest Gana sobre Camilo Henríquez. Una especie de biografía novelada que recuerda las vidas de españoles célebres de Quintana. Revela condiciones de interpretación y calidad crítica. La noticia biográfica está fundida en el relato mismo. Publicó algunos estudios más adelante en «La Semana» de los Arteaga Alemparte y su muerte prematura fué una pérdida irreparable para la crítica chilena.

Don Domingo Arteaga Alemparte, don José Victorino Lastarria y don Gabriel René Moreno, escritor cruceño radicado en Chile, leyeron en la Facultad es-

tudios sobre la poesía de Sanfuentes, de Soffia y de un grupo de poetas bolivianos, con acopio de erudición y agudeza de análisis. Igualmente son de alto interés filológico las observaciones de don Andrés Bello sobre el Cid, Ercilla y sobre temas griegos y latinos, y las de Justo Florián Lobeck sobre «El romance o novela y los romanceros o novelistas».

Para cerrar esta rápida síntesis sobre la labor de la Facultad de Filosofía, en su relación con la literatura, he dejado deliberadamente para el fin el admirable libro de don José Toribio Medina, «Historia de la Literatura Colonial de Chile», premiado en 1877 y 1878.

El libro de Medina es una inteligente fusión de los documentos y de los juicios personales del autor. Podría pertenecer al género histórico crítico, por la riqueza de las fuentes compulsadas y la perspicacia de las consideraciones, literarias y eruditas.

Libro superior a su época, por la copiosa documentación que agotó la paciencia incansable de Medina. Admirable vivero de observaciones de las épocas estudiadas y de los códices y manuscritos. Los críticos y escritores de los siglos XIX y XX han debido recurrir a él, sin agregar mayores detalles o juicios sobre obras y autores. Salvando las proporciones entre los orígenes de la literatura española y la de Chile el libro de Medina se podría equiparar al esfuerzo de investigación y de crítica, realizado por don Marcelino

Menéndez Pelayo en la literatura ante-clásica de Castilla.

La Facultad de Filosofía y la novela chilena.—Durante el año 1855 la Facultad de Filosofía abrió un certamen poético para premiar una composición en verso, cuyo tema era Pedro de Valdivia.

Anotemos desde luego, el tema elegido. La chilenidad no se concebía sino como un tema histórico. La realidad que los rodeaba, rica de fenómenos sociales en rápida transformación, no les interesaba o no la veían. Don Andrés había formado ya el clima artístico, en el cual debían germinar las obras futuras. Sólo genios como Sarmiento o como Alberto Blest Gana lograban desasirse de esas ligaduras y crear un «Facundo» o un «Martín Rivas».

Como es lógico, el tema fué declarado desierto. Pedro de Valdivia significaba, entonces, menos que un Carrera o un Rodríguez.

No sé si el fracaso de este concurso hizo variar el criterio de la Facultad sobre los temas de los certámenes. Es lo más probable. Don Salvador Sanfuentes propone, en 1860, para el premio anual, una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto fuese precisamente chileno.

El discurso de don Alberto Blest Gana, como miembro académico, influyó, seguramente, en el criterio de la Facultad y en especial en Sanfuentes.

Blest Gana, cuyos primeros ensayos novelescos son falsos y deshilvanados, presiente el porvenir de la novela chilena, aunque represente a los doctos gramáticos e historiadores. Algo desorientado, se va contra los poetas que deben arrojar cuanto antes la egoísta capa del personalismo, (son sus palabras), lo que es desconocer su esencia misma, recomendándoles buscar su inspiración en el estudio de la naturaleza, claro elogio a la poesía narrativa de Salvador Sanfuentes y de Mora. Las leyendas del uno y del otro, verdaderos cuentos en verso, están más cerca del género que le interesa y en el cual será un maestro innegable.

Opina que la novela es el único género que puede llegar al público chileno. La concibe como historia, poesía y hasta cierto punto periodismo, porque, según observa, tiene encantos para toda clase de inteligencias. Sus novelas futuras, todo el ciclo social de la vida chilena, se caracterizarán por esta orientación populista, en que se funden la ficción, el recuerdo histórico y la realidad chilena. Asombra, a ratos, por sus adivinaciones técnicas. La novela ha de ser pintura de antecedentes verosímiles y que no tengan nada de extraordinario.

Y estas palabras, escritas antes del 60, coinciden con las de Guy de Maupassant, publicadas treinta años después:

«El novelista que pretenda dar una imagen exacta

de la vida, ha de evitar con cuidado todo encadenamiento de sucesos que puedan parecer excepcionales».

Su concepto de la novela ya está explícitamente determinado en este párrafo de su discurso de incorporación: Presentar el estudio de escenas propias de la sociedad chilena, pintando caracteres nacionales y desarrollando la acción por medio de resortes sacados de nuestro modo de ser, sin acudir a medios extraños que, por lo mismo, dañarían a la verosimilitud del cuadro general, es el camino del escritor de costumbres.

Su genio está aún entrabado por el respeto a sus sabios compañeros de Facultad. Teóricamente, acepta que el género de costumbres está ligado a los sucesos de carácter histórico. Esto mismo asegurarán Lastarria y Amunátegui en el informe, presentado a la Facultad, recomendando «La Aritmética en el Amor». Es un curioso criterio, sin duda. Así la novela, quizá por la influencia de Walter Scott, ídolo literario de entonces, es casi una criada de la historia. Sólo que se ocupa de los hechos menudos de la vida de un pueblo, a los cuales el historiador no le da sino mínima importancia. Sin el medio histórico y el estado civil de los héroes, no hay posibilidad de escribir novelas. La sociedad chilena, explican los informantes, es muy poco complicada. Los habitantes visibles de cada una de nuestras ciudades, incluyendo Santiago, la gran capital de cien mil habitantes, se conocen personalmente unos a otros.

Un historiador y un ensayista aconsejan al creador novelesco, le señalan normas y le indican temas, aunque elogien ampliamente la calidad de la novela que están juzgando.

«El gran mérito de esta composición es el ser completamente chilena. Los diversos lances de la fábula son sucesos que pasan efectivamente entre nosotros. Hemos pronunciado o hemos oído cosas análogas. Los personajes son chilenos y se parecen mucho a las personas a quienes estrechamos las manos, con quienes conversamos. Los desenlaces de los diversos incidentes, excepto uno que otro, son naturales, completamente verosímiles. La novela se halla animada por un gran número de cuadros de costumbres nacionales, llenos de colorido y de verdad».

De todos modos, el reconocimiento de sus dotes de novelador reconforta a Blest Gana y posiblemente le decide a seguir produciendo. Es, pues, la Facultad de Filosofía la que lo ha ungido novelista de Chile. Ya no hablará Blest Gana del desaliento que infunde al escritor la perspectiva de encontrar más críticos para sus obras que jueces equitativos. Palabras que deben aludir a los reparos, hechos por Arteaga, a la dudosa moralidad de sus primeros ensayos novelescos. El plan cíclico de sus novelas chilenas ya está trazado en su imaginación. Las escribirá desde París, evocando el viejo Santiago de su niñez y de su mocedad. En una carta le dirá respetuosamente a Lastarria:

«Usted me hace la honra de esperar una gran novela de mi pluma. Veremos, pues, si lo que estoy trabajando merece tan alto título. He llevado mi explotación al campo de la historia para componerla».

La novela a que alude Blest Gana es «Durante la Reconquista». El fondo de su obra magna es histórico, pero es la historia al servicio de la creación artística. Lo que perdura no es la exactitud de los hechos, sino el soplo humanamente verídico de la vida chilena de esa época, de sus costumbres semi-coloniales y la agitación épica de toda una colectividad, fraternalmente unida contra el enemigo común.

La novela chilena nació, así, oficialmente, del seno de la Facultad de Filosofía. Bastaría este hecho y la publicación de la «Historia de la Literatura Colonial de Chile», de Medina, para señalar elogiosamente la participación de la Facultad en el desenvolvimiento de nuestra literatura.